



NACIONAL

Consecuencias del declive demográfico en España

El grave fallo del modelo de sociedad que no podemos seguir desatendiendo

Alejandro Macarrón Larumbe

Ingeniero y consultor empresarial. Director de la Fundación Renacimiento Demográfico





Introducción

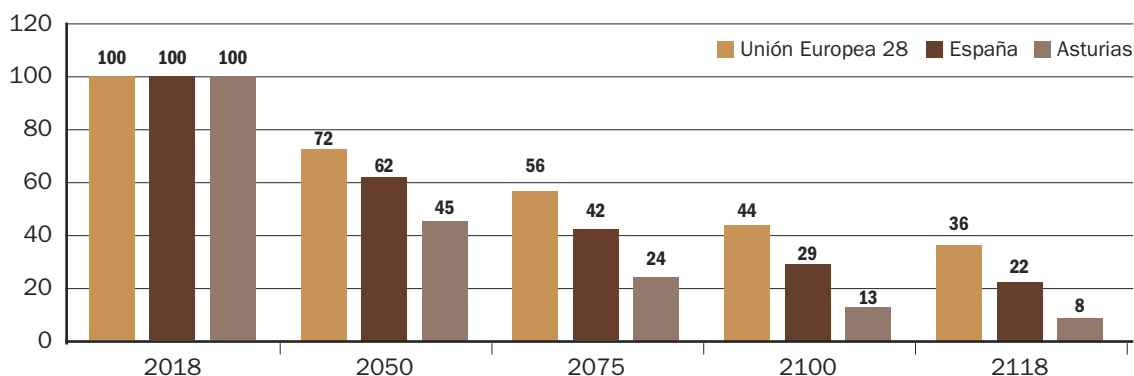
Si la fecundidad en España y la Unión Europea se mantuviera indefinidamente en sus valores medios del período 2000-2015 (1,32 hijos por mujer en España, y 1,53 en la UE a 28), y no hubiera flujos migratorios con el exterior, el número de adultos jóvenes, las personas con edades entre 18 y 35-40 años, se reduciría, de manera aproximada, en casi un 27% por generación en la UE, y un 38% en España, al ritmo en los próximos cien años que muestra el Gráfico 1 de manera ilustrativa-orientativa, que también incluye la acongojante proyección de la región de menor fecundidad de toda Europa en los últimos lustros, Asturias (0,98 hijos por mujer de media 2000-2015). Con algunas décadas de retraso, la población total de la UE, España y Asturias menguaría a un ritmo parecido al de sus juventudes. Y por haber menos y menos niños, jóvenes y adultos de mediana edad, la sociedad en su conjunto estaría cada vez más envejecida, envejecimiento al que contribuiría también el previsible aumento de la longevidad, si bien esa contribución sería muy inferior a la de la falta de nacimientos.

Este declive demográfico, de seguir indefinidamente, nos conduciría a la extinción. Hasta llegar a ella, conllevaría efectos empobrecedores en los planos económico y familiar-afectivo; nuestra democracia degeneraría en gerontocracia, pero

GRÁFICO 1.

Proyección del número de adultos jóvenes por cada cien de hoy

(supuestos: con la fecundidad media 2000-2015 y sin migraciones)



Fuente: Eurostat, INE

► **España, Europa y Occidente en general transitan desde hace décadas hacia el declive demográfico, y hasta ahora han optado por ignorar el asunto o aplicar remedios insuficientes**



► **Entre 1900 y 1975, pese a los estragos de la guerra civil y la abundante emigración al extranjero, la población española se duplicó, pasando de 18 a 36 millones de personas**

no en el sentido clásico de gobierno de ancianos sabios, sino de hegemonía apabullante de los votantes jubilados; y España y Europa sufrirían una pérdida continua de peso internacional. Esta decadencia podría ser paliada y ralentizada –pero no solucionada, por la experiencia de otros países– mediante inmigración extranjera, la cual, de ser bien gestionada e integrada, conllevaría efectos beneficiosos para los países de acogida. Y mal gestionada e integrada, podría acarrear males incluso más agudos que los debidos a la decadencia autóctona.

Por esa senda de declive demográfico autóctono transitan desde hace décadas España, Europa y Occidente en general. También numerosas naciones de otras latitudes y longitudes, en especial del extremo Oriente, con un Japón que es el país más envejecido del mundo, seguido por Alemania e Italia (casualmente, o no, sus antiguos aliados del Eje). Al ser relativamente reciente y de evolución lenta esta decadencia demográfica por baja natalidad y envejecimiento social –envejecimiento amplificado por el feliz hecho de que la longevidad siga aumentando–, haber existido hasta hace pocos lustros un riesgo real de superpoblación en la Tierra, y entrañar la baja fecundidad aspectos incómodos para gran parte de la sociedad y sus políticos, y más aún para los partidarios de influyentes ideologías con intenciones y/o consecuencias antinatalistas, mayormente, España y Europa/Occidente han optado hasta ahora por ignorar el asunto, o como mucho por aplicar remedios insuficientes.

En este papel expondremos de manera sintética dónde estamos en materia de nacimientos, qué consecuencias cabe esperar de una fecundidad tan baja, y qué se podría hacer para lograr un repunte sostenido de la natalidad¹.

De dónde venimos y dónde estamos en natalidad

Veamos el caso español. Es similar a lo sucedido en otros países europeos y occidentales, cambiando lo accesorio en detalles temporales y números concretos, y en las últimas décadas, con un déficit de nacimientos particularmente acusado, ya que la natalidad española es de un 15% a un 20% inferior a la del resto de Eu-

¹ Para profundizar en el asunto, quien lo desee, puede leer mi reciente libro *Suicidio demográfico en Occidente y medio mundo*, con prólogos de Josep Piqué, Joaquín Leguina y el influyente economista alemán Hans-Werner Sinn. Está disponible en Amazon.



► **Desde 2009, estamos inmersos en un nuevo ciclo de caída en el número de nacimientos, con una tasa de fecundidad estancada en niveles de un 35% a un 40% por debajo de los necesarios para el relevo generacional**

ropa. También Alemania, Italia, Portugal, Suiza, Austria y Luxemburgo figuran entre los países europeos con natalidad especialmente baja en las últimas décadas.

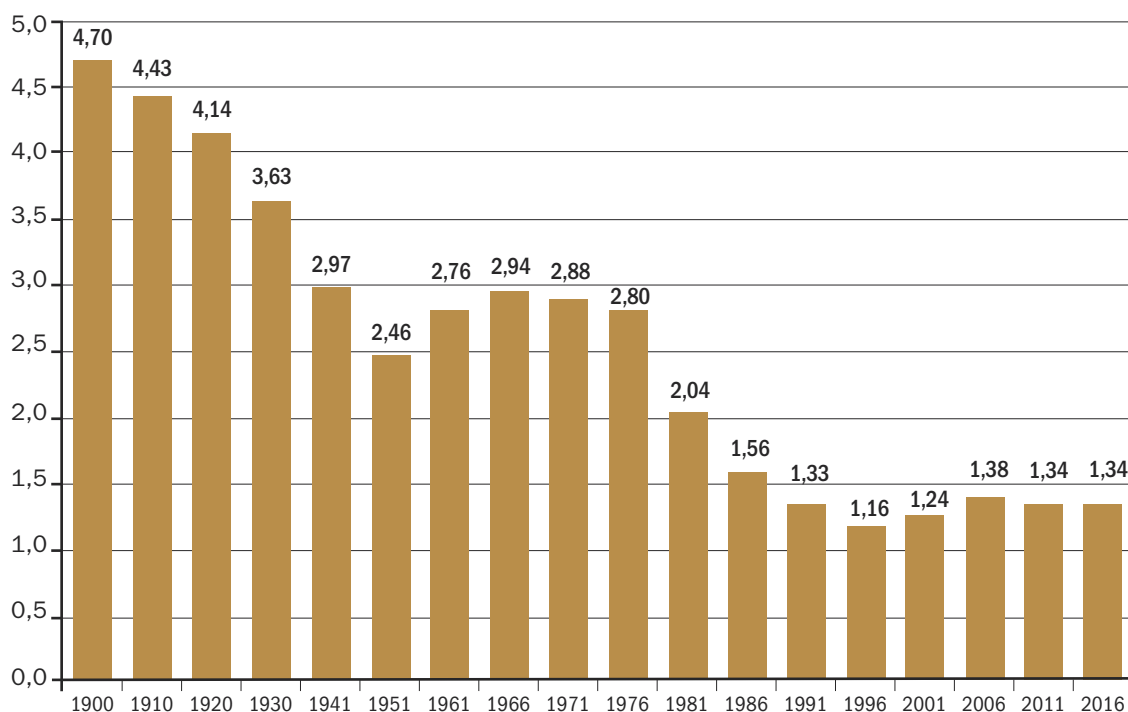
Hacia 1880, según se desprende de las tablas de mortalidad de la época, accesibles en la excelente base de datos del INE de estadística histórica, uno de cada dos niños nacidos en España moría antes de cumplir doce años. Por ello, hacían falta entonces en media de cuatro a cinco hijos por mujer para asegurar el relevo generacional y la continuidad de la sociedad española. Como la población crecía a buen ritmo (casi un 20% entre 1860 y 1900, pese a haber emigración exterior neta), la fecundidad media de entonces debía de ser de cinco o más hijos por mujer. Así, entre 1861 y 1870, en media anual, nacieron en España unos 612.000 niños (un 50% más que en 2016, con un 65% menos de población), y murieron en promedio unas 491.000 personas (aproximadamente un 20% más que ahora, pese a la menor población). Tradicionalmente, con una esperanza de vida que apenas superaba la tercera parte de la actual, había más nacimientos que defunciones, lo cual, salvo grandes epidemias, hambrunas, guerras o emigraciones, llevaba a crecimientos sostenidos de la población.

En el siglo XIX, en toda Europa y Occidente, la natalidad y la mortalidad comenzaron a caer de manera estructural, primero en los países más desarrollados, después en los más atrasados. En España esto se notó sobre todo desde el último cuarto del siglo XIX. Como la mortalidad se reducía con más fuerza que los nacimientos –con incrementos continuos, que siguen dándose, en la esperanza de vida a todas las edades–, y en especial entre los niños y jóvenes, la población tendió a crecer a ritmos mucho mayores que los tradicionales. Entre 1900 y 1975, pese a los estragos de la guerra civil y la abundante emigración al extranjero, la población española se duplicó, pasando de 18 a 36 millones de personas. Con la menor mortalidad infantil y juvenil, el número de hijos por mujer necesarios para el reemplazo de la población se redujo de manera paulatina. Ahora, en España y los demás países desarrollados, un 99% o más de las personas superan los 30 años de edad, y solo necesitamos unos 2,1 hijos por mujer para el relevo generacional, menos de la mitad que antaño.

El déficit de nacimientos español empezó hace unos 35 años, cuando la fecundidad, que se desplomó desde 1977, perforó a la baja el umbral de reemplazo. Y siguió cayendo año a año durante tres lustros más, hasta alcanzar mínimos mundiales con 1,16 hijos por mujer en 1997. Ese indeseable récord, que también co-



GRÁFICO 2.

Promedio de hijos por mujer en España desde 1900

Fuente: INE, Fundación BBVA

respondió a España en media entre 1989 y 2014, pasó casi como una anécdota para la inmensa mayoría de los españoles, sus autoridades políticas, y sus grandes referencias intelectuales y mediáticas. A finales de los 90, principalmente por la llegada masiva de inmigrantes –más jóvenes de media que los españoles, y con mayor fecundidad–, se produjo un apreciable repunte del número de nacimientos, y otro algo menor de la tasa de fecundidad, si bien muy insuficientes ambos. Desde 2009, estamos inmersos en un nuevo ciclo de caída en el número de nacimientos, con una tasa de fecundidad estancada en niveles de un 35% a un 40% por debajo de los necesarios para el relevo generacional, siendo hijos de madres nacidas en el extranjero un 23% de los nacidos en 2016, según Eurostat, las cuales elevan el indicador global de hijos por mujer en España, algo que ocurre sobre todo en las CC.AA. y provincias con abundante inmigración magrebí-musulmana, como Cataluña, Murcia, La Rioja, Álava o Teruel, además de Ceuta y Melilla.

► **Desde hace años hay más fallecimientos que nacimientos de españoles autóctonos. Y desde 2015, también es el caso con la población total de España, inmigrantes extranjeros incluidos**



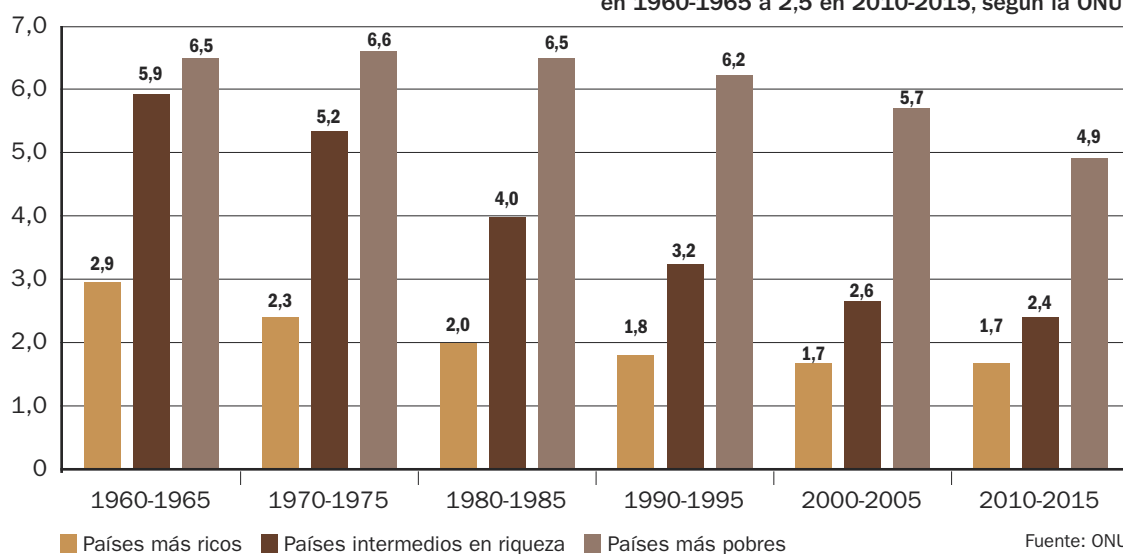
► **Si la fecundidad en España se mantuviera en los 1,33 hijos por mujer de 2015, la esperanza de vida siguiera creciendo y no hubiera flujos migratorios, España perdería aproximadamente la mitad de su población al final del presente siglo**

A nivel mundial, un fenómeno esencialmente similar (menor natalidad, y mucha menor mortalidad) llevó a crecimientos de población inauditos en el siglo XIX y, sobre todo, en el siglo XX. Se estima que la humanidad casi multiplicó por cuatro su tamaño en el siglo pasado. Esto dio lugar a los miedos a la superpoblación, en su día justificados. Hace 40 años, la población del Tercer Mundo se duplicaba cada 25 años, lo que implicaría multiplicarse por 16 cada siglo, por 256 cada dos siglos, por 4.096 cada tres siglos... Esos temores llevaron al gobierno de los EE.UU. a poner en marcha un plan de muy amplio alcance para que cayera la natalidad en el Tercer Mundo, sintetizado en el llamado “Informe Kissinger” de diciembre de 1974², un documento secreto del gobierno norteamericano, posteriormente desclasificado. Pero los miedos a la superpoblación mundial carecen ya de fundamento, tras caer la tasa de fecundidad mundial a la mitad en los últimos 50 años, estar actualmente en niveles apenas su-

GRÁFICO 3.

Evolución del número de hijos por mujer en los países más desarrollados del mundo, menos desarrollados e intermedios

La tasa de fecundidad mundial pasó de 5,0 hijos por mujer en 1960-1965 a 2,5 en 2010-2015, según la ONU.



² El documento es: “Implicaciones del crecimiento de la población mundial para la seguridad de los Estados Unidos de América y sus intereses internacionales” (National Security Study Memorandum NSSM 200), y está disponible en Internet en http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/Pcaab500.pdf



► **Las proyecciones 2015-2080 de Eurostat para la Unión Europea a 28, en su escenario sin migraciones, arrojan una pérdida de 100 millones de habitantes de 2015 a 2080 (de 506 millones a 406)**

periores a los de reemplazo³ y seguir con tendencia a la baja, y tras haber crecido mucho más el PIB que la población y haberse reducido muy apreciablemente las tasas de pobreza, refutándose de manera apabullante la conjetura pesimista de Malthus.

Consecuencias demográficas de la baja natalidad: tendencia a la despoblación y envejecimiento social

Como resultado de la baja natalidad, España, toda Europa y EE.UU. tienden a perder habitantes, salvo que la reducción de la población nativa por escasez de nacimientos se compense con la entrada de inmigrantes extranjeros. Un caso extremo es el de Rusia, donde murieron trece millones de personas más de las que nacieron entre 1991 y 2011, una sangría humana que el gigante euroasiático solo pudo enjugar a medias con la entrada de inmigrantes, en su gran mayoría rusos étnicos procedentes de países vecinos que pertenecían a la Unión Soviética. En Alemania, la nación con menor fecundidad mundial media en el período 1974-2014, y la más envejecida de Europa, desde 1972 ha habido unos cinco millones de muertes más que nacimientos, si bien el país germano ha recibido un número aún mayor de inmigrantes foráneos, incluyendo el reciente y muy controvertido aluvión de refugiados de Oriente próximo. En nuestro país, desde hace años hay más fallecimientos que nacimientos de españoles autóctonos. Y desde 2015, también es el caso con la población total de España, inmigrantes extranjeros incluidos⁴, y de la gran mayoría de las provincias. El caso extremo es el de Zamora, con el triple de muertes que de nacimientos, acongojante proporción a la que se acercan Orense y Lugo.

Otra consecuencia indeseada de la baja natalidad es el envejecimiento de la sociedad, que se puede medir por indicadores como la media o la mediana de edad de la población, o el porcentaje de personas con 65 años o más. Estos indicadores de envejecimiento tienden a aumentar de valor por el crecimiento de la longevidad, además de por la menor natalidad. Hasta ahora, la contribución de la caída de la natalidad al envejecimiento de nuestra sociedad, por el descenso del nú-

³ La fecundidad mundial estaría ya en niveles ligeramente inferiores a 2,5 hijos por mujer en el mundo, según la ONU. Y por la mortalidad infantil y juvenil aún elevada de muchos países, aunque felizmente muy inferior a la tradicional, la tasa real de reemplazo de la población mundial estaría en torno a 2,3 hijos por mujer. Por otra parte, la tasa de natalidad mundial sigue bajando, lo que conduciría en muy pocos años o lustros a una fecundidad global por debajo de la de reemplazo.

⁴ De manera aproximada, un 13% de los habitantes de España a mediados de 2017 habían nacido en el extranjero. Y otro 3% eran hijos de inmigrantes menores de 20 años, nacidos y criados en España.

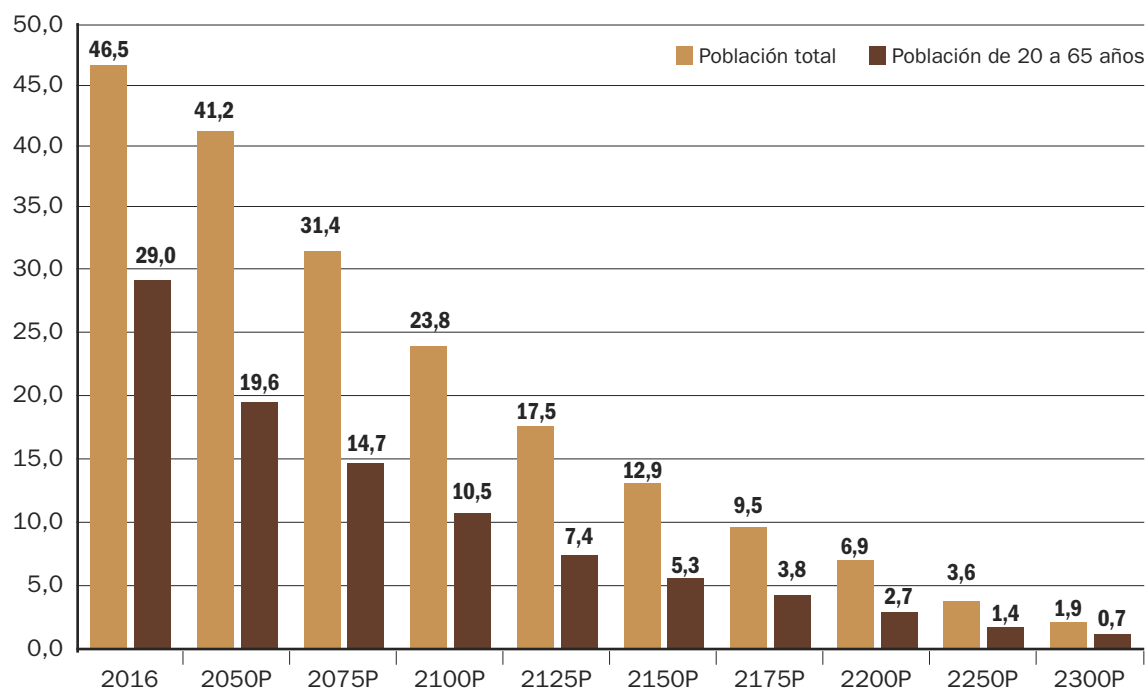


mero de niños y jóvenes que entraña, ha sido muy superior al impacto de la mayor esperanza de vida. La media de edad de los españoles ha pasado entre 1976 y 2016 de 33 a 43 años, en un período con una media de 1,5 hijos por mujer de fecundidad. En contraste, entre 1930 y 1976, con una media de 2,9 hijos por española, la esperanza de vida en España creció 24 años, mientras que la edad promedio de la población española aumentó solo 4,7 años. Según nuestros cálculos aproximados, realizados estimando qué habría pasado si la natalidad se hubiera mantenido en España como en 1976, y la mortalidad hubiera descendido como lo ha hecho desde entonces, un 75% del incremento de 10 años de promedio de edad de los españoles 1976-2016 se ha debido a la caída de la fecundidad, y solo el 25% restante ha sido causado a la mayor longevidad. Como también ha aumentado la esperanza de vida en estado saludable, una parte del incremento de la media de edad de los españoles es socialmente inocua. Así pues, virtualmente todo el problema de envejecimiento de España, hasta ahora al menos, se debe solo a la menor natalidad.

GRÁFICO 4.

Población de España –total y en edad laboral típica– en millones

NB. Principales supuestos de las proyecciones: fecundidad constante como la de 2015 (1,33 hijos por mujer), evolución de la mortalidad como la prevista por el INE, sin flujos migratorios con el exterior



Fuente: INE, Proyecciones de población-Fundación Renacimiento Demográfico



► **La disminución de la población se nota ya con fuerza en los mercados para consumidores infantiles y juveniles, con el consiguiente impacto para los proveedores de productos y servicios para ellos (educación, ropa, alimentos infantiles, etc.)**

Si los españoles y europeos siguieran indefinidamente con una fecundidad insuficiente, acabarían desapareciendo. Otra cosa es que fueran reemplazados por población foránea, con las ventajas e inconvenientes que ello acarrearía. Si la fecundidad en España se mantuviera en los 1,33 hijos por mujer de 2015, la esperanza de vida siguiera creciendo como prevé el INE para las próximas décadas, y no hubiera flujos migratorios positivos o negativos con el extranjero, según nuestras proyecciones, España perdería aproximadamente la mitad de su población desde ahora al final del presente siglo, y unas dos terceras partes de sus habitantes en edad laboral.

En cuanto a Europa, las proyecciones 2015-2080 de Eurostat para la Unión Europea a 28, en su escenario sin migraciones (es decir, la proyección de la población actual de Europa como tal, inmigrantes actuales incluidos), arrojan los siguientes números: pérdida de 100 millones de habitantes de 2015 a 2080 (de 506 millones a 406); las personas con 65 años o más pasarían de ser el 19% en 2015 al 32% en 2080; y pasaríamos de 3,2 personas de 20 a 64 años por cada mayor de 64 años en 2015 a solamente 1,5 en 2080⁵.

Consecuencias sobre la economía del declive demográfico

Al margen de ciertos aspectos secundarios positivos de estas pautas demográficas, como una demanda creciente de productos y servicios de mayor consumo por la población de mayor edad –como los sanitarios–, o ahorros en gasto privado y público en la crianza de las siguientes generaciones, las consecuencias para la economía y las empresas de que haya menos población, y de que la existente esté cada vez más envejecida, a priori, serían globalmente negativas, en diversos planos. Muchos de los impactos que se detallan a continuación podrán ser paliados o superados con medidas adaptativas, como la racionalización del Estado de bienestar, el incremento del número de años trabajados en la vida laboral promedio de los españoles, una mayor robotización y automatización de la producción, o un mayor foco en mercados exteriores, para exportación o inversiones, que compensen la contracción de los mercados y la fuerza laboral domésticos por la evolución demográfica. Pero difícilmente podrán ser compensados todos ellos y, en especial, los derivados de la disminución de la de-

⁵ Uno de los supuestos de las proyecciones de Eurostat, no avalado por datos empíricos recientes, es que aumentaría la fecundidad de manera apreciable en Europa en las próximas décadas. De no ser así, la realidad sería aún más sombría: mayor pérdida de población, más envejecimiento social.



► **Las actuales dinámicas demográficas abocan a necesidades crecientes de gasto público para atender a la población jubilada y de mayor edad (pensiones, sanidad, gasto en dependencia)**

manda interna por descenso del número de personas y envejecimiento social, y del impacto de esos mismos fenómenos en la fuerza laboral, en ausencia de repuntes futuros de la natalidad y/o de la llegada –y buena integración subsiguiente– de nueva inmigración extranjera. En síntesis, estos impactos negativos serían los siguientes.

• **Demanda agregada de consumo e inversión**

Al mercado español se destina más del 75% de los bienes y servicios producidos en España. Al haber menos población y estar esta más envejecida, se contraería la demanda interna de bienes y servicios de consumo, y habría menos inversiones productivas para satisfacer necesidades de los consumidores y de la población en general, excepto en los renglones de más gasto de la población de mayor edad, que tiende a crecer. La disminución de la población se nota ya con fuerza en los mercados para consumidores infantiles y juveniles, con el consiguiente impacto para los proveedores de productos y servicios para ellos (educación, ropa, alimentos infantiles, etc.).

GRÁFICO 5.

Población en España de 0 a 14 años

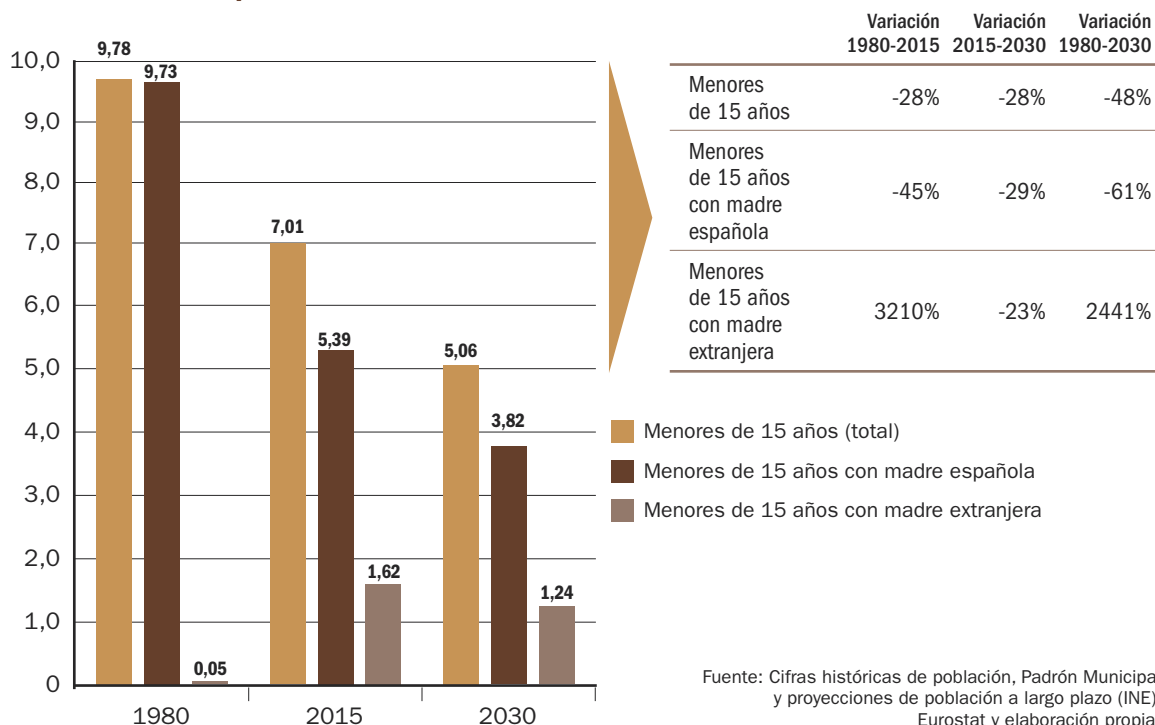
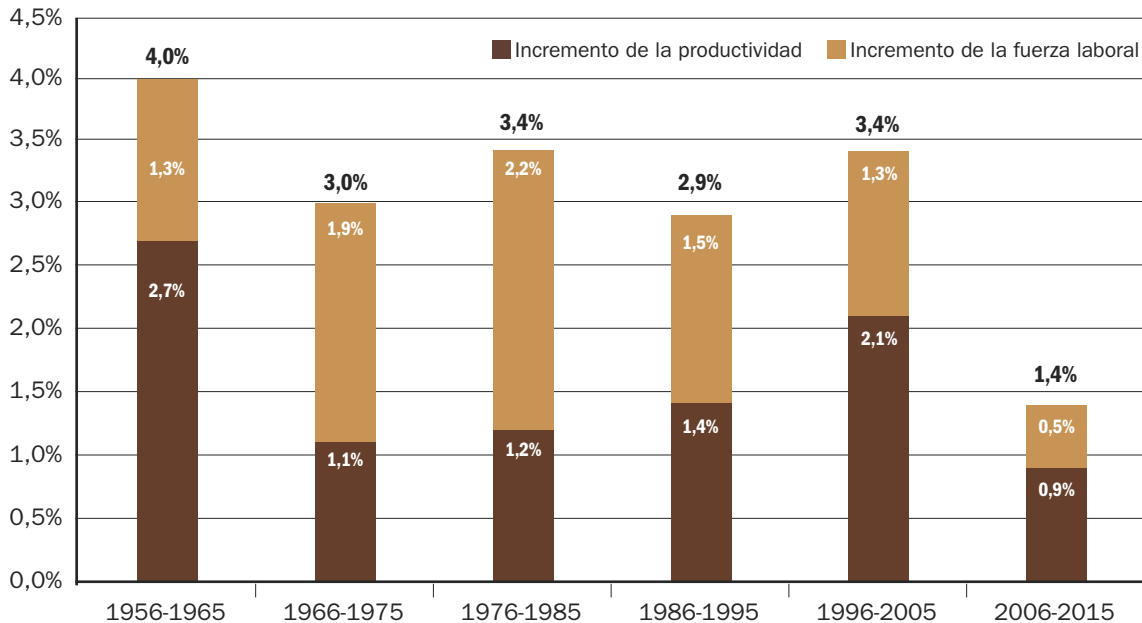




GRÁFICO 6.

Crecimiento medio anual en EE.UU. del PIB, la productividad por trabajador y la fuerza laboral



Fuente: JP Morgan Asset Management. Guide to the Markets-Europe (Q1 2017)

Además de la contracción del consumo por la menor cantidad de población, el envejecimiento de la que hay también comportaría una reducción adicional del mismo. A partir de ciertas edades (55 a 65 años, y más todavía en edades superiores), la demanda de la mayoría de los bienes de consumo tiende a decrecer.

• Oferta económica agregada

La oferta de bienes y servicios producidos en España se vería afectada negativamente por la disminución de la mano de obra disponible, el envejecimiento de la existente y la pérdida de economías de escala, por la menor demanda interna, en la producción y provisión de bienes y servicios. A menos cantidad de mano de obra disponible, *ceteris paribus*, habría menos producción (PIB), ya que el PIB equivale, aproximadamente, al producto del tamaño de la fuerza laboral por la productividad media por trabajador. Así, el PIB en EE.UU. se multiplicó de manera aproximada por seis entre 1955 y 2015: 2,5 veces la productividad por 2,4 veces la fuerza laboral (Gráfico 6). Sin crecimiento demográfico, y aun sin evaluar otros



El valor de los activos, como los inmuebles, que depende de su demanda, tiende a disminuir con el declive demográfico



- **En España, de seguir las pautas de fecundidad prevalentes en las últimas décadas, el 50% de los menores de 50 años de nuestro tiempo no tendrán de mayores ni siquiera un nieto**

componentes de la productividad ligados a la demografía, como las economías de escala, la economía de Estados Unidos sería ahora un 58% inferior.

- **Fuerza laboral y costes laborales unitarios**

Las proyecciones demográficas auguran una disminución de la cantidad de mano de obra, y un considerable envejecimiento de la existente. Esto, además de la reducción ya comentada del PIB potencial por haber menos población en edad laboral, llevaría a un encarecimiento de la mano de obra, por su escasez, en una tendencia que afectaría a todos los países occidentales, según analistas como George Friedman, en su libro *The next 100 years* (los próximos cien años).

- **Gasto público y recaudación fiscal**

Las actuales dinámicas demográficas abocan a necesidades crecientes de gasto público para atender a la población jubilada y de mayor edad (pensiones, sanidad, gasto en dependencia), solo parcialmente compensables por la tendencia a menores necesidades, asimismo estructurales, en gasto educativo, desempleo (por la escasez de mano de obra que tenderá a haber), nuevas infraestructuras y, probablemente, seguridad (al ser la criminalidad, mayormente, cosa de adolescentes y adultos jóvenes, como se aprecia en las estadísticas de condenados). Ese mayor gasto público se deberá atender con impuestos extraídos de una economía estructuralmente afectada por los impactos negativos mencionados sobre oferta y demanda. El resultado sería, o bien déficits públicos persistentes y *stocks* de deuda pública crecientes, o mayor presión fiscal, o prestaciones públicas cada vez más escasas para la población de mayor edad. O bien, una combinación de esas tres cosas.

- **Productividad y competitividad de las empresas**

Como consecuencia de una mano de obra envejecida y encarecida por escasa, una presión fiscal previsiblemente mayor, pérdida de economías de escala por menor número de consumidores y de clientes domésticos, y estar más envejecidos los que hubiera, y menor innovación y emprendimiento (más típicos, aunque no exclusivos, de jóvenes), la evolución demográfica previsible tendría un impacto negativo en la productividad y competitividad de las empresas. Dicho lo cual, si la escasez y encarecimiento de mano de obra forzase a una mayor



automatización de la producción de la que se daría de no haberla, haciéndose virtud de la necesidad, el balance final de dicha escasez en estas dos variables esenciales de la economía, íntimamente relacionadas, la productividad y la competitividad, podría no ser tan negativo.

- **Depreciación del valor de inmuebles y propiedades**

El valor de los activos, como los inmuebles, que depende de su demanda, tiende a disminuir con el declive demográfico. ¿Qué valen las casas en una aldea que se va quedando abandonada, en la que solo habitan algunos ancianos que serán los últimos moradores del lugar? Tienden a no valer nada. Excepto en las grandes ciudades y lugares con demanda de vivienda por turismo, el valor de la vivienda en la gran mayoría de España, que es la reserva de valor de la mayoría de los españoles, tiende por tanto a depreciarse estructuralmente.

Otras consecuencias relevantes del declive demográfico (plano familiar-afectivo, político, geopolítico)

“Ya no hay niños en los pueblos que alegren la primavera.

Solo quedan los abuelos contemplando su vejeza”.

Copla leída en un bar de Fontibre, donde nace el río Ebro.

“Debería permitirse a los ancianos que se den prisa y mueran, para aliviar así el gasto soportado por el Estado en sus tratamientos”.

Taro Aso, ministro de Finanzas de Japón, 2013.

En el plano afectivo y familiar, el menor número de nacimientos y otras pautas sociales colaterales –menos nupcialidad, altos porcentajes de rupturas matrimoniales⁶– conllevan un enorme aumento de la soledad y de los hogares poco poblados, por la drástica disminución del número de parientes cercanos (hijos, nietos, hermanos, primos, tíos, sobrinos, etc.). Por esa razón, a comienzos de 2018 se anunció la creación en el Reino Unido de una secretaría de Estado para la Soledad. Y si una de las pocas cosas que tradicionalmente endulzaban la vejez eran los nietos, en España, de seguir las pautas de fecundidad prevalentes en las últimas décadas, el 50% de los menores de 50 años de nuestro tiempo no tendrán de mayores ni siquiera un nieto. En el extremo, habrá un riesgo creciente de un mal final de vida, en línea con la terrible frase del ministro japonés de Finanzas reproducida, en forma de “eutanasia” involuntaria (y por lo tanto, con nada “eu”, esto es, con nada de buena),

⁶ La baja nupcialidad y las altas tasas de ruptura familiar tienen un efecto negativo propio en la fecundidad. Hay tres tipos de hogares con hijos: los formados por una pareja casada, los formados por una pareja de hecho y los monoparentales. En España y en todos los países europeos, el número medio de hijos es mayor en los hogares formados por un matrimonio. Y en EE.UU., según datos del CDC del gobierno norteamericano, las mujeres casadas tienen ‘el doble’ de fecundidad que las no casadas.



► **De 2007 a 2014, el gasto en pensiones de jubilación en España creció cerca del 50%, con un PIB que en 2014 fue inferior al de 2007, y un déficit público en niveles altísimos desde 2008**

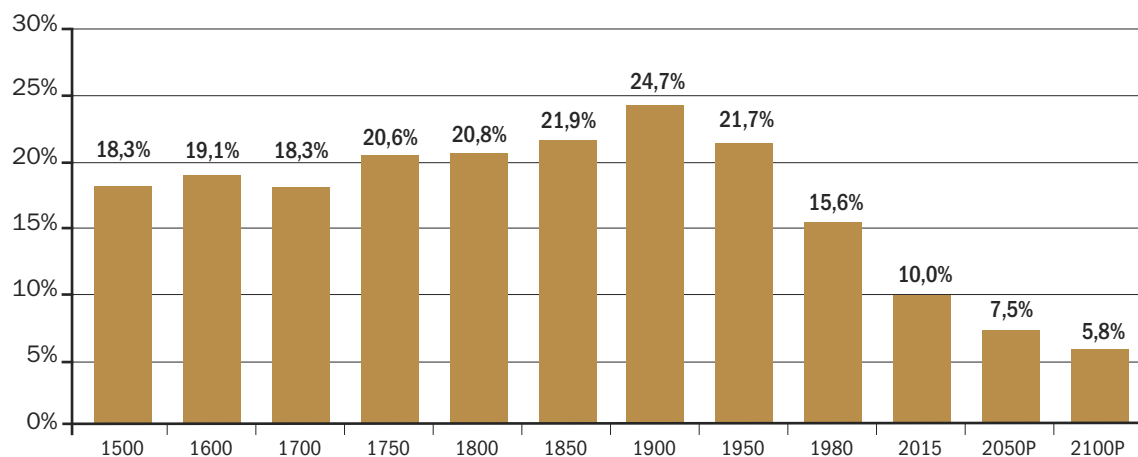
o de maltrato por lo caro y duro que es cuidar a ancianos incapacitados, en una sociedad con muchos viejos y pocos jóvenes para crear la riqueza necesaria para cuidar a los más mayores adecuadamente.

En el plano político, la población jubilada representará –ya es así– una parte muy numerosa y en continuo aumento del electorado. Esto conducirá, previsiblemente, a que los jubilados perciban una porción creciente del PIB en pensiones, sanidad y ayuda a la dependencia, lo que, de no hacerse de manera equilibrada, puede ser muy gravoso para la economía productiva y el bolsillo del contribuyente, o bien para el equilibrio en las cuentas públicas. Esto ya ha sucedido en el trato privilegiado a las pensiones durante la reciente “gran recesión”. Así, de 2007 a 2014, el gasto en pensiones de jubilación en España creció cerca del 50%, con un PIB que en 2014 fue inferior al de 2007, y un déficit público en niveles altísimos desde 2008.

Finalmente, entre las consecuencias adicionales de los cambios demográficos recientes y previstos, cabe mencionar el peso que ha recuperado la dimensión demográfica en las relaciones internacionales de negocios y de otros tipos, una idea que desarrolló Josep Piqué en su libro *Cambio de era*. En el mundo actual, en el que están emergiendo los países antaño menos desarrollados, y tienden a igua-

GRÁFICO 7.

Peso histórico de la población de Europa en el total mundial



Fuente: ONU (datos históricos y escenario central de proyecciones de población)



larse a los más desarrollados en productividad por persona, el tamaño de las poblaciones totales de los países vuelve a contar muchísimo en las relaciones entre ellos, como fue la norma hasta el Renacimiento. A partir de los siglos XVI-XVII, Europa dominó/lideró el mundo, y no por su superioridad en población, sino en productividad económica y bélica. Por ello, ahora, los países emergentes cuentan cada vez más en el concierto internacional, porque en conjunto tienen mucha más población que los países ricos. En concreto, como ya se comentó, el peso demográfico de Europa en el mundo ha pasado de casi un 25% en 1900, en los tiempos de la Belle Époque, al 10% en la actualidad, y va a menos.

Qué hacer ante el declive demográfico: natalidad, inmigración, adaptación

Las sociedades desarrolladas con baja fecundidad –todas, menos Israel– deben realizar un triple esfuerzo para sortear los males que su evolución demográfica augura: una apuesta decidida por mayores tasas de natalidad; una gestión equilibrada, con amplitud de miras, seria y sin simplezas *buenistas* o extremistas, de la inmigración extranjera; y un ejercicio de adaptación socioeconómica al envejecimiento social rampante.

En orden inverso, como el declive demográfico autóctono conlleva efectos estructuralmente depresivos sobre la economía, y mayores necesidades de gasto público para atender a la creciente población jubilada o anciana, las medidas aconsejadas de adaptación al envejecimiento social serían en esencia muy parecidas a las necesarias para combatir la anterior crisis económica: reformas e innovaciones, tanto públicas como privadas, para facilitar que crezcan la productividad y la competitividad exterior; y para eliminar gastos superfluos y ahorrar. Además, el sector público por su propia función, y el privado como oportunidad, deberán ampliar la oferta de infraestructuras, servicios y productos específicos para atender a la creciente población anciana. Y al tiempo, reestructurar y/o redimensionar a la baja su oferta de productos y servicios destinados a la población joven. Pero por bien que nos adaptemos, sin cambiar la tendencia al envejecimiento social y a la pérdida de población, por esta vía lo más que podremos conseguir es una mejor administración de la penuria que el declive demográfico induciría, y un retraso en

► **Las sociedades desarrolladas con baja fecundidad deben realizar un triple esfuerzo para sortear los males de su evolución demográfica: una apuesta decidida por mayores tasas de natalidad; una gestión equilibrada de la inmigración extranjera y una adaptación socioeconómica al envejecimiento social**



► **La inmigración extranjera se debería afrontar con seriedad, rigor y el objetivo de que sea un éxito sostenible. Sobra tanto la demagogia *buenista* de Estados de bienestar pasados de vueltas como la demagogia xenófoba moralmente inaceptable**

el tiempo de llegada de sus peores consecuencias. Nuevas tecnologías que potencian la productividad humana, y en especial la robótica y la inteligencia artificial, podrían paliar en lo económico una parte importante de los efectos de este declive humano. Pero cuidado con confiar en ellas en exceso, que no está nada claro que esas tecnologías avanzarán con la rapidez que sus más entusiastas augures nos anuncian en los últimos años.

En cuanto a la inmigración extranjera, a la vez una de las mayores fuentes de oportunidad demográfica y de potenciales fracturas sociopolíticas en las sociedades occidentales, es algo que se debería afrontar con seriedad, rigor y el objetivo de que sea un éxito sostenible, tanto para los foráneos como para las sociedades de acogida. Para ello, sobra tanto la demagogia *buenista* de Estados de bienestar pasados de vueltas en sus sistemas de subsidios –los cuales tienden a atraer y retener más inmigración de la que pueden absorber sin daños sociales en el mercado laboral, y en especial de la poco o nada cualificada– y cortos de voluntad para hacer respetar la intangibilidad de sus fronteras, como sobra la demagogia xenófoba e “inmigrofóbica”, moralmente inaceptable. En ningún país occidental ha sido la inmigración una solución completa al déficit propio de natalidad. Bien gestionada es, ha sido y puede ser, un valioso paliativo al declive demográfico autóctono y a la escasez de mano de obra, global o para determinados tipos de trabajos. Pero mal gestionada (por exceso de inmigrantes para lo que pueda absorber el mercado laboral, o por baja cualificación profesional de los foráneos, o si se generan masas críticas de inmigrantes con insuficiente integración sociocultural, o por procesos de entrada y regularización que destrozan el Estado de Derecho, etc.) puede acarrear males sociales considerables... En todo caso, como en Europa occidental tenemos mucha población nacida en el extranjero, y mucha más en nuestras siguientes generaciones⁷, uno de los principales

⁷ En España, la madre del 23% de los bebés de 2016 era de origen extranjero, con un 79% de ellas de fuera de la UE a 28. La fecundidad de las españolas nativas fue de 1,29 hijos por mujer, subiendo a 1,34 a nivel nacional gracias a las madres inmigrantes. También en otros países de Europa occidental son altos o muy altos los porcentajes de bebés de madre nacida en el extranjero y con tendencia al alza generalizada. En 2016, y sin incluir en ellos a los hijos de la segunda generación de inmigrantes, en muchos países ya considerable, fueron: Alemania (31%), Austria (35%), Bélgica (32%), Dinamarca (21%), Finlandia (13%), Francia (23%), Holanda (20%), Irlanda (27%), Italia (23%), Luxemburgo (65%), Noruega (29%), Portugal (17%), Reino Unido (27%), Suecia (29%) y Suiza (44%). Fuente de datos: Eurostat.



Para un repunte suficiente de la natalidad se necesitarían cinco grandes cosas, más una:

- 1. Concienciar a la población y las élites (políticas, intelectuales, mediáticas y económicas)** de la gravedad del problema demográfico y de sociedad que origina la baja natalidad, dejando el tema fuera de la lucha partidista/ideológica.
- 2. Estudiar a fondo el problema** para comprender bien sus causas, qué implica de verdad, y sus posibles soluciones, con datos, rigor, profundidad y sin prejuicios ideológicos.
- 3. Hacer del aumento de la natalidad una de las primeras prioridades nacionales/regionales/locales (y europeas).** Sin ello, no se hará lo suficiente.
- 4. Adoptar medidas de incentivo económico** a la natalidad, que permitan compensar a las familias por una parte muy significativa del coste completo de tener y criar hijos, con énfasis en las madres (trabajen o no), pero sin ningunear la figura paterna.
- 5. Un cambio cultural, de valores sociales y de ciertas leyes,** en favor de la natalidad y la familia, y de lo que favorece que haya más niños.

Y, muy importante: no dejar todo esto en manos del Estado. Es cosa de toda la sociedad, mujeres y varones.



► **Porque la insuficiencia de nacimientos genera lo esencial del problema demográfico de España y otros países europeos, el incremento de la natalidad debe ser, con diferencia, la mayor prioridad estratégica en este campo desde la política y la sociedad civil**

retos demográficos de Europa es la buena integración de esa población de raíces foráneas, los inmigrantes y sus descendientes.

Por lo anteriormente expuesto, y porque la insuficiencia de nacimientos genera lo esencial del problema demográfico de España y otros países europeos, el incremento de la natalidad debe ser, con diferencia, la mayor prioridad estratégica en este campo desde la política y la sociedad civil. De manera sinóptica, el recuadro anterior contiene un resumen de las que creemos que serían las claves de un esfuerzo nacional/europeo exitoso para lograr un aumento sostenido de la tasa de natalidad.

En España podemos aprender de lo que han hecho otros países en esta materia, tanto en lo que ha funcionado bien... como en lo que no ha funcionado. En diversos países europeos, y muy en especial en Francia⁸, los países nórdicos, Irlanda, y más recientemente, en Alemania y diversos países del Este (Rusia, Hungría, Polonia, Macedonia...), los Estados ofrecen generosos subsidios, desgravaciones fiscales y otras ayudas equivalentes a la natalidad, incluyendo dilatados permisos por maternidad y paternidad. También en España, pero aquí de manera más tímida, hasta ahora. Ese tipo de políticas ha logrado apreciables éxitos parciales en algunos países en el empeño por recuperar una fecundidad suficiente para el reemplazo de la población. Pero en ninguno de ellos se ha recuperado ese nivel de reemplazo de manera sostenida, y aún menos en el caso de las poblaciones autóctonas, sin contar a los inmigrantes, más fecundos en general que los nativos —en particular, los foráneos de religión islámica y sus descendientes—, que aportan en casi toda Europa occidental del 20% al 30% de los nacimientos, o más, y hacen subir de manera apreciable los índices nacionales de fecundidad. Por otra parte, y esto es algo muy notable, los países que hace una década o así llegaron a estar bastante cercanos a la fecundidad de reemplazo (EE.UU., Francia, Suecia,

⁸ Francia es natalista desde el fin la Segunda Guerra mundial, ya que, para las élites francesas, la derrota de 1940 fue causada en gran medida por su amplia inferioridad en población frente a Alemania desde finales del siglo XIX “Hay 20 millones de alemanes de más”, dijo el presidente francés Clemenceau en los tiempos del tratado de Versalles. Para solucionarlo, Alemania fue mutilada territorialmente, uno de los agravios que los nazis aprovecharon con diabólica eficacia, y que acabaron desencadenando la Segunda Guerra Mundial.



► **Aunque compensar con dinero una parte importante de lo que cuesta criar hijos –con énfasis en la madre, pero sin ningunear al padre– sea razonable y socialmente justo, difícilmente va a solucionar el problema por sí solo**

Noruega, Irlanda...), están inmersos en los últimos años en un nuevo ciclo de caída de la natalidad⁹.

En nuestra opinión, los esfuerzos en pro de la natalidad de los diversos Estados solo han logrado resultados insuficientes o muy insuficientes porque se han centrado sobre todo en dar a los padres, y en especial a las madres, dinero o prestaciones equivalentes (deducciones fiscales, bajas laborales retribuidas...). Pero la caída de la natalidad de los últimos 150 años se ha producido en paralelo a un incremento extraordinario de la renta per cápita. Por lo tanto, aunque compensar con dinero una parte importante de lo que cuesta criar hijos –con énfasis en la madre, pero sin ningunear al padre– sea razonable y socialmente justo, difícilmente va a solucionar el problema por sí solo. De hecho, la fecundidad en los países más ricos del mundo (Suiza, Luxemburgo, Singapur, Noruega...) no es nada elevada, como tampoco lo es en aquellos con los horarios laborales más reducidos y con mejor conciliación laboral familiar (Alemania, Holanda, Suiza...). La baja natalidad española y occidental se debe principalmente al cambio de valores socio-culturales y de modelo de sociedad en el último siglo y medio, y en especial en los últimos 40 a 60 años, uno de cuyos rasgos principales es que el deseo firme de formar y mantener una familia estable, y de tener hijos cuando se es relativamente joven en la vida, ha dejado de ser una primerísima prioridad vital de la gran mayoría, y para muchos ha pasado a ser algo muy secundario, o bien algo a evitar. También la legislación con incidencia en la natalidad y la familia ha contribuido a que hubiera un menor número de ambas.

⁹ Desde 2010 a 2017, la Francia metropolitana ha pasado de 2,02 hijos por mujer a 1,85 (y según nuestras estimaciones, hechas con datos de Eurostat, en torno a 1,7 sin los nacimientos de madre extranjera). Suecia, de 1,98 a 1,79 (y en torno a 1,7 sin los nacimientos de madre extranjera). Dinamarca, de 1,87 a 1,77. Finlandia, de 1,87 a 1,49. Noruega, de 1,98 en 2009 a 1,62 en 2017 (y menos de 1,6 sin los nacimientos de madre extranjera). En EE.UU. la fecundidad ha caído desde 2,12 hijos por mujer en 2007, hasta 1,79 en 2017 (y en torno a 1,7 para la población blanca no hispana). Y en Irlanda, a falta de datos completos de 2017, muy probablemente quedará la fecundidad también por debajo de 1,8 hijos por mujer, y cercanos a 1,7 para las nativas, desde los 2,1 en 2009. Son países con más fecundidad que España, pero insuficiente, y con una clara tendencia a la baja. La nuestra parece algo más estabilizada, pero en niveles muy bajos, en torno a los 1,3 hijos por mujer, casi un 40% menos de los precisos para el relevo generacional.



► **La baja natalidad española y occidental se debe principalmente al cambio de valores socioculturales y de modelo de sociedad en el último siglo y medio, y en especial en los últimos 40 a 60 años**

Por ello, sin un cambio cultural y legal que propicie que recuperemos una buena parte del deseo firme de tener niños antes de ser muy mayores, y de la estabilidad familiar tradicional –los hogares formados por matrimonios tienen apreciablemente más hijos que los de otros tipos, pero los españoles y occidentales nos casamos en mucha menor proporción que antaño, y nos divorciamos con mucha más probabilidad–, previsiblemente, como mucho, se lograrán mejoras parciales. Y por la experiencia reciente de los países nórdicos, Francia, EE.UU. o Irlanda, además, serán efímeras. Claro está, ni ese necesario cambio cultural es fácil, ni se puede imponer por los Estados democráticos. Pero sin entender que esa es la clave, y sin estudiar seguidamente este complejo asunto y sus posibles soluciones a fondo, con rigor y sin orejas ideológicas, y actuar en consecuencia, los programas natalistas cosecharán resultados insuficientes, cuando no insignificantes.

* * *

Tenemos muchísimo en juego en este asunto. Sin hacer de la recuperación de la natalidad una de las grandes prioridades en la agenda pública de la política y la sociedad civil –nacional, regional, local... y europea–, y obrar en consecuencia, nuestro futuro demográfico, y todo lo que de este depende, tiene pésimas perspectivas de fondo. El déficit estructural europeo y español de nacimientos, de un 20% a un 40% respecto de lo necesario para el reemplazo de la población, superior incluso al 50% en algunas regiones, es un fallo del modelo de sociedad que ya no podemos seguir ignorando, o atendiendo con medidas claramente insuficientes, como hasta ahora.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a Cuadernos de Pensamiento Político:
www.fundacionfaes.org/pay/confirmBuy?id=6362

Suscripción a la newsletter:
www.fundacionfaes.org/es/newsletter

C/ Ruiz de Alarcón, 13
28014 Madrid
Tlf 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

Multimedia

